

encomendar negocio tan delicado á un jóven que daba mas pruebas de ligero y arrebatado que de diestro y prudente. Muchas y muy justas fueron las reflexiones que para disuadirle de lo uno y de lo otro le hicieron: todas fueron inútiles, y el príncipe partió de Madrid (diciembre, 1502), no sin publicar el rey que iba contra su voluntad y la de la reina.

En cuanto á las negociaciones con el rey de Francia, por si en efecto Luis XII. quisiese de buena voluntad venir á concordia, dió don Fernando al archiduque unas instrucciones de las cuales no habia de salir, y el príncipe prometió muchas veces que no las traspasaría en un ápice ⁽¹⁾. No satisfecho con esto el receloso y cauto Fernando, no le dió á él mismo el poder, sino que se le envió por medio del abad de San Miguel de Cuxa Fray Bernardo Boil, encargando á éste que le tuviese secreto y no le entregase sino en caso necesario, prescribiéndole ademas, que si en los tratos viese que el príncipe se excedía en algo de lo que estrictamente contenian las instrucciones, le avisase de ello y le consultára, no permitiendo que se pasára adelante sin contar con su voluntad. Vióse luego que no sin fundamento tomaba el rey Católico tan esquisitas y escrupulosas prevenciones. Llegado que hubo el archiduque á Lyon, entró luego en conciertos con el rey Luis que allí se encontraba, pero concier-

(1) «Prometió diversas veces, un cabello de su voluntad.» Ldice Zurita, que él no traspasaría bro V. c. 10.

tos en que se faltaba abiertamente al tenor literal de las instrucciones, y en que se revelaba, ó la afición que ya se suponía del archiduque y los de su consejo á los franceses, ó que como jóven y bisoño se dejaba envolver incautamente por aquel monarca. Fuese que el padre Boil no pudiera avisar al rey Fernando tan pronto como convenia de que el príncipe traspasaba las atribuciones de su cometido, fuese que el francés, previendo la desaprobacion del Rey Católico, y abusando de su ascendiente con el archiduque le obligára á precipitar la conclusion del tratado, es lo cierto que cuando llegó la contestacion de Fernando requiriendo el cumplimiento exacto de las instrucciones, el convenio estaba ya concluido (5 de abril).

Lo pactado era que el reino de Nápoles se destinase á los príncipes Carlos y Claudia, hija esta del monarca francés, y aquel del archiduque y de doña Juana (habia nacido en 1500), cuyo matrimonio estaba concertado; que hasta tanto que los príncipes niños llegáran á edad de poder casarse, la parte francesa del reino de Nápoles la tendria y gobernaria el rey de Francia por su hija, y la parte española el archiduque por su hijo; ó bien que se guardase la particion hecha, y la Capitanata que se disputaba se pusiese en tercería hasta las bodas de los príncipes, ó hasta aplicarla despues á quien pareciese de derecho. Los dos contratantes comenzaron á obrar ni mas ni menos que si el Rey Católico hubiera aprobado y

ratificado el asiento; el de Francia le hizo publicar en su reino con toda solemnidad, mandó suspender el embarque de tropas que se estaba disponiendo para Nápoles, y ordenó á sus generales de Italia que no emprendiesen nuevas operaciones: el archiduque previno tambien á Gonzalo de Córdoba que cesara en la guerra hasta que otra cosa se le ordenase, en virtud del tratado y poderes cuya copia le enviaba. Llegaron estos despachos en ocasion que Gonzalo reforzado con nuevas tropas, preparaba su salida de Barletta. Mas como el Gran Capitan hubiese recibido avisos anticipados del rey, en que le prevenia que no atendiese á cartas, órdenes ó despachos que pudieran llegarle del archiduque mientras no llevasen su expresa aprobacion ó mandamiento, respondió, que él no podia ejecutar órdenes del príncipe mientras no le fuesen comunicadas por sus soberanos; que por lo tanto sabia lo que tenia que hacer, é iria en persona á dar la respuesta al duque de Nemours. Y salió de Barletta en los términos que hemos dicho ⁽¹⁾.

(1) Tal es la version que dan los historiadores españoles mas antiguos á la historia del famoso tratado de Lyon, que en verdad nos parece la mas verosímil, atendido el carácter de cada uno de los personajes que figuraron en él, pero que sin embargo dió ocasion á los franceses para acusar de doblez y de falsía al Rey Católico, y para hacer cargos al Gran Capitan por haber continuado la guerra contra las órdenes del archiduque. Lo uno y lo otro nos parece de todo punto

infundado. Nada mas natural que la desconfianza de Fernando en su yerno, por las pruebas que ya antes de venir á España, ya durante su corta permanencia en este reino habia dado de su ligereza é indiscrecion, y aun de su adhesion á los franceses: de aqui la limitacion en los poderes, la restriccion en las instrucciones y demas medidas de precaucion para que no pudiera comprometerle. Nada mas natural tambien en un hombre tan cauto como Fernando que preve-

Prosiguió, pues, el Gran Capitan su marcha, y despues de atravesar y aun de hacer alto aquella noche en el campo de Canas, célebre por la famosa batalla que diez y siete siglos antes habia ganado Anibal á los romanos, dirigióse al otro dia y llegó por la tarde cerca de Cerignola ó Ceriñola que decimos los españoles, distante unas diez y seis millas de Barletta. La jornada habia sido en extremo fatigosa; el terreno era árido y seco, el sol estaba abrasador y sofocante, los soldados sentian una sed irresistible, y algunos odres que Gonzalo habia hecho llenar de agua al paso por el rio Ofanto no alcanzaron para refrescar sino una pequeña parte de la hueste. Los que iban pesadamente armados se caian en el camino abrumados de calor y de fatiga. Gonzalo ordenó que cada ginete llevára á las ancas un peon, y él mismo dió el primer ejemplo haciendo montar en la grupa de su caballo á un oficial de los alemanes auxiliares. Por fortuna los franceses, que habian salido ya en su seguimiento no los alcanzaron en la llanura, y Gonzalo consiguió ganar la altura del pequeño pueblo de Ceriñola, que le ofrecia

nir á su general en Italia para que no fuese sorprendido por órdenes que no emanaran de él ó no llevarán su sancion y confirmacion. El Gran Capitan no puede tampoco ser censurado por la conducta que observó, antes obró muy discretamente en no obedecer á otro que á su rey, en lo cual no hizo sino seguir las instrucciones especiales que habia recibido.

Los términos del convenio vi-

nieron á justificar la cautela del Rey Católico, puesto que quien al pronto quedaba favorecido era el francés y las ventajas para España eran eventuales, precarias y muy remotas, y por consecuencia aparentes. No podia, pues, Fernando aprobar el tratado: y lo que hubo fué que Luis XII. creyó obrar con mucha astucia y se halló prevenido por otro mas sagaz y mas mañoso que él.

favorables posiciones para poder esperar el ataque. A pesar del cansancio y rendimiento de los soldados, no se podía perder un momento, y todo el mundo de órden de Gonzalo se ocupó en ensanchar y ahondar un pequeño foso que resguardaba un viñedo: con la tierra que se sacaba se levantó un parapeto de bastante altura, guarneciéndole con estacas puntiagudas para detener la caballería enemiga: detrás de él formó sus tropas en órden de batalla, y colocó en los sitios mas convenientes las trece piezas de artillería que habia llevado.

Antes de concluirse estas operaciones divisáronse á lo lejos las armas francesas que relumbraban á intervalos por entre nubes de polvo. Al llegar frente al campamento español hizo alto el ejército francés. El motivo de aquella pausa era que el duque de Nemours opinaba por suspender el ataque hasta otro dia, en atención á la poca luz que ya quedaba, y á que amenazaba la noche. Opusiéronse sus caudillos, y tanto estos como los soldados pedian entrar inmediatamente en combate. Uno de aquellos soltó espresiones que ofendian el valor acreditado del virey; indignóse éste, y quiso castigar aquella injuria, pero al fin cedió diciéndo: «pues bien, pelearémos de noche, y veremos si los que ahora se muestran mas arrogantes no hacen despues mas uso de las espuelas que de las espadas.» El tiempo invertido en aquella disputa sirvió grandemente á Gonzalo para ordenar convenientemen-

te sus tropas. El número de estas, contadas todas las armas, era poco mas ó menos de siete mil hombres, casi igual al del ejército enemigo. Gonzalo hizo de ellas tres cuerpos: en el centro colocó á los alemanes armados de largas picas; hizo dos alas de la infantería española, mandada la derecha por Pizarro, Zamudio y Villalva, la izquierda por Diego García de Paredes y Pedro Navarro, con cargo de proteger la artillería. Encomendó la caballería pesada á Diego de Mendoza y Fabricio Colona, y la ligera á Pedro de la Paz y á Próspero Colona, gefe de los auxiliares italianos. La caballería francesa de línea que mandaba Luis de Ars era, segun Gonzalo decia, la mas brillante que se habia visto en muchos años en Italia. Capitaneaba Alegre los caballos ligeros, que iban un poco á retaguardia; guiaba la infantería suiza y gascona el coronel suizo Chandien; y la vanguardia, compuesta de los hombres de armas, era conducida por el mismo Nemours. El general español tenía su mayor confianza en la infantería, en aquella infantería que él supo hacer, si no la mejor, tan buena como la mejor de Europa.

Alumbraba solo el crepúsculo de la tarde y anunciábase ya la noche, cuando Nemours arremetió á galope con sus hombres de armas contra la izquierda española; comenzó á disparar nuestra artillería, mas á las primeras descargas una chispa que cayó en el almacén de la pólvora le voló con terrible esplosion ilu-

minando todo el campo «*Buen ánimo, amigos, exclamó Gonzalo: esas son las luminarias de la victoria.*» A este tiempo Nemours y los suyos avanzaban lanza en ristre, hasta que se hallaron atajados por el foso y clavados algunos de sus caballos en las agudas estacas. El general francés anduvo entonces por todo el frente buscando algún paso por donde penetrar, espuesto á los tiros de la infantería española; el intrépido y jóven virey recibió un arcabuzazo que le derribó muerto del caballo. El valeroso coronel suizo Chandieu hizo todos los esfuerzos imaginables por forzar la barrera con su infantería, pero sus soldados, ó se resbalaban en la tierra movediza, ó eran ensartados por las largas picas alemanas. Aquel valeroso gefe cayó también sin vida en la trinchera de un balazo. Ya todo fué confusión y desorden en las filas francesas. En tal estado manda Gonzalo á los suyos franquear la línea y dar el ataque general. Los caudillos franceses se desbandan usando más *de las espuelas que de las espadas*, y justificando la predicción del desgraciado Nemours: los españoles acuchillan sin piedad á los descuidados en la fuga hasta muy entrada la noche, y Próspero Colona penetra en el abandonado campamento de los enemigos, se aloja en el pabellon de Nemours y cena los manjares que para aquel habian quedado preparados en una mesa ⁽¹⁾.

(1) Paolo Giovio, Vit. Illustr. tan, c. 75.—Bernaldez, Reyes Católicos, c. 480.—Martir, Opus.

Jamás se vió mas completo triunfo en menos tiempo alcanzado. El número de los combatientes no era grande, pero lo que ha dado celebridad á la batalla fué la disposición, la conducta y el acierto del general español, y las consecuencias importantes y decisivas que tuvo. Ningun escritor hace pasar de cien muertos la pérdida de los españoles, mientras ninguno calculo tampoco la de los franceses en menos de tres mil, y casi todos la suponen de muchos centenares mas. Entre un monton de cadáveres se reconoció por los anillos que acostumbraba á llevar en los dedos el del desgraciado Nemours que tenia tres heridas. Gonzalo se conmovió y derramó lágrimas sobre los desfigurados restos de su ilustre y valeroso rival, con quien tantas veces habia conversado antes como aliado y amigo, y los hizo conducir á Barletta y depositarlos con magníficas exéquias en el convento de San Francisco.

Gozando estaban los soldados de Gonzalo la gloria del triunfo, cuando al siguiente dia les llegó la noticia de otra victoria poco menos importante ganada por los españoles en la Calabria (24 de abril). El veterano y entendido general francés Aubigny habia sido derrotado por las tropas de Fernando de Andrade ⁽¹⁾,

ep. 256.—Gucciardini, Istor. lib. V.—S. Gelais, Hist. de Louvs XII.—Zurita, rey don Hernando, lib. V. c. 27.

(1) Estas tropas habian sido enviadas de España al mando de don Luis Portocarrero, señor de Palma, el cual á poco de llegar á Italia enfermó y murió en Reggio. En el lecho de la muerte nombró para sucederle en el mando á Fernando de Andrade, que se unió

cerca de Seminara, casi en el mismo lugar en que ocho años antes había el mismo Aubigny ganado á Gonzalo de Córdoba la única batalla que perdió en su vida este guerrero español ⁽¹⁾.

Divulgóse rápidamente la fama de la victoria de Ceriñola: rindiéronse Canosa, Melfi y multitud de otras poblaciones; y Gonzalo, que no era de los guerreros que se dormían sobre los laureles, marchó derecho sobre Nápoles. Esta población versátil, sin valor y sin fé, que en poco mas de ocho años había aclamado con igual regocijo seis reyes, Fernando I., Alfonso II., Fernando II., Carlos VIII., Fadrique III. y Luis XII., se hallaba dispuesta á darse con el propio entusiasmo á Fernando el Católico, y envió una diputación de nobles y ciudadanos á ofrecer á Gonzalo de Córdoba las llaves de la ciudad, pidiéndole solamente que les confirmara sus derechos y privilegios. Así lo prometió el Gran Capitán á nombre de su rey, y al día siguiente hizo su entrada pública en Nápoles, con el mismo aparato que si fuese el monarca en persona (16 de mayo, 1503), siendo llevado bajo un

con las tropas de Cardona y Benavides.

(1) Cuéntase que al tiempo de darse este segundo combate de Seminara, cerca de dos mil soldados gallegos se sublevaron diciendo que no se batirían mientras no se les diesen sus pagas, y alzaron una bandera blanca en señal de querer irse donde la ventura los llevase, y que para detenerlos y

apacarlos, don Fernando de Andrade, don Hugo de Cardona, Carbajal, Figueredo y otros capitanes se desprendieron de sus cadenas y collares de oro y plata y del dinero que tenían, y con esto se reunió para darles una paga, con lo cual se sosegaron, y después se batieron valerosamente.—Zurita, Rey don Hernando, lib. V. c. 25.

palio por los diputados, sembradas de flores las calles y coronados los edificios de gente, que contemplaba con asombro al gran guerrero que había abatido él solo todo el poder de la Francia.

Quedaban todavía los dos castillos que dominaban la ciudad, bien pertrechados de gente, de vituallas y municiones. Era menester rendir aquellas dos formidables fortalezas, y allí le volvió á servir el sistema de minas en que tanta reputación había adquirido el ingeniero Pedro Navarro. A los cinco días (21 de mayo) reventó con horrible estruendo la que se había practicado debajo del Castillo Nuevo, viniendo al suelo una gran parte de la muralla, por cuya boca penetraron el Gran Capitán y Pedro Navarro embrizados los broqueles, antes que la guarnición tuviera tiempo de levantar el puente levadizo. Siguiéronles los soldados, y se trabó un reñido y furioso combate, en que los españoles peleaban con hachas, espadas, picos, machetes y todo género de armas, los franceses se defendían arrojando piedras, cal, aceite hirviendo y todo lo que la desesperación les ponía en las manos: cincuenta españoles fueron abrasados con proyectiles encendidos, lo cual embraveció tanto á sus compañeros, que arrojándose con furia sobre los del fuerte los degollaron á todos, excepto unos pocos que pudieron acogerse á la clemencia del Gran Capitán. Los soldados en premio de su arrojo y en indemnización de las pagas que se les debían obtuvieron licencia

para apoderarse del inmenso botín de oro, plata, alhajas, provisiones y efectos de todo género que la gente rica del partido angevino había acumulado en la fortaleza. Y como algunos, menos afortunados ó menos diestros, se lamentáran de la pequeña parte que les había tocado en el despojo, «*Pues id, les dijo Gonzalo como de chanza, id á mi casa, tomad lo que hay en ella, y os desquitareis de vuestra poca fortuna.*» La invitación fué tomada por lo serio: la soldadesca se encaminó al palacio del príncipe de Salerno en que se alojaba Gonzalo, y desde los magníficos salones hasta las cuevas no quedó alhaja, ni mueble, ni artículo de lujo ó de boca que no consumieran ó arrebatáran.

El otro castillo, Castell d'Ovo, minado igualmente por Pedro Navarro, cayó también á las pocas semanas con horrible estrépito, un día antes que llegara una escuadra francesa que iba á socorrerle. Retiróse la armada á la isla de Ischia, y encontró también enarbolada allí la bandera española. El ilustre Aubigny se había rendido con los restos que pudo salvar en Seminara: los dos Abruzos, las provincias de Capitanata y Basilicata, todas se habían sometido, á escepcion de Venosa, donde se mantenía Luis de Ars con alguna gente, y de Gaeta, donde se había refugiado Ivo de Alegre con las reliquias del ejército derrotado en Ceriñola. Aquí se habían acogido los principales barones angevinos, los príncipes de Bisiñano y de Sa-

lerno, el duque de Ariano, el marqués de Lochito y otros personajes, y aguardaban al de Saluzzo con un ejército francés. A Gaeta se encaminó también el Gran Capitan, llamando en su ayuda á Pedro Navarro, á Fernando de Andrade, á Hugo de Cardona y á los principales caudillos españoles, con objeto de apoderarse del último asilo del partido francés en Italia.

Tan rápidas habían sido estas conquistas, que casi al mismo tiempo y con cortísimo intervalo recibió Luis XII. de Francia la noticia de haberse negado el Gran Capitan á reconocer el tratado de Lyon, de la derrota de Aubigny, del desastre de Ceriñola, de la entrada de Gonzalo en Nápoles, de la rendición de los castillos y de la sumisión de casi todo el reino napolitano. Quejóse amargamente el francés al archiduque Felipe de palabra, al Rey Católico por escrito, de la infracción del convenio, pidiendo la correspondiente indemnización. Disculpaba el archiduque su inocencia, y aun le costó una enfermedad el sentimiento del deshonesto papel que se le había hecho representar en este negocio. El rey don Fernando contestó que no hubiera podido nunca ratificar un pacto ajustado contra sus instrucciones y contra sus intereses, pero procuraba entretener al francés con la esperanza de un arreglo definitivo basado sobre la restitución del reino de Nápoles á don Fadrique. Este artificio, de que ya antes había usado, estaba lejos de ser suficiente á tranquilizar al burlado Luis, que no

respiraba sino indignacion, y en esta indignacion tomaba parte toda la Francia, ofendida en su amor propio nacional.

Asi fué que rey y reino se hallaron conformes en la necesidad de hacer un grande esfuerzo nacional para lavar la afrenta y reparar los infortunios de Italia. Pueblo y monarca pusieron en juego todo su poder, y en poco tiempo se levantaron tres grandes ejércitos franceses, uno para recobrar la Italia, al mando de La Tremouille, que habia de entrar por el Milanesado; otro para penetrar en España por el valle de Roncal, mandado por el señor de Albret, padre del rey de Navarra; el tercero para entrar en el Rosellon, conducido por el veterano mariscal de Rieux y apoderarse de Salsas, plaza fuerte y llave de aquellas provincias. Armáronse ademas dos escuadras en Génova y Marsella, una al cargo del marqués de Saluzzo para apoyar la expedicion del Milanés, otra que habia de obrar en la costa de Cataluña para proteger la invasion del Rosellon. Veamos el resultado de las dos expediciones al territorio de la Península.

El astuto y previsor Fernando el Católico habia tenido buen cuidado de captarse la amistad del rey de Navarra, hasta el punto de haberle prometido éste que se opondria al paso de los franceses por las fronteras de su reino. El señor de Albret ⁽¹⁾, ó por no

(1) El Sr. de Labrit, que llaman comunmente nuestros histo-

comprometer á su hijo, ó por hallar apercibidos á resistir su entrada los montañeses de Navarra y Aragon, ademas de una hueste que por disposicion de la reina habia acudido á Navarra con el condestable de Castilla y el duque de Nájera, mostróse ó atemorizado ó flojo, y redújose á ver desde Bayona irse menguando y deshaciendo su ejército entre las escaseces y los frios de aquellas rudas y ásperas cordilleras ⁽¹⁾.

Mas resuelto el mariscal de Rieux ó de Bretaña, aunque achacoso y anciano, hizo su entrada por Rosellon á la cabeza de mas de veinte mil hombres, si bien en su mayor parte apresuradamente reeclutados y sin disciplina, y cruzando aquella provincia sin resistencia puso sus reales delante de Salsas (16 de setiembre, 1503). Pero el rey don Fernando, en medio de los disgustos domésticos que le rodeaban y afligian, como la enfermedad grave de la reina, las estravagancias y delirios de la princesa doña Juana, y otros de que despues tendremos que hablar, no dejaba de atender á todas partes y á todos los peligros con su actividad y su energía acostumbradas. Inmediatamente se ordenó que se reforzase la plaza, mandó acudir al Rosellon la gente de armas que se hallaba en el Ampurdan, y envió á Perpiñan al duque de Alba don Fadrique de Toledo con siete mil quinientos combatientes, en tanto que él se preparaba á salir en persona

(1) Aleson, Anales de Navarra, don Hernando, lib. V. c. 40. t. V. p. 110 y sig.—Zurita, Rey

contra el enemigo. En efecto, tan pronto como la enfermedad de la reina le permitió ponerse en campaña, levantada cuanta gente pudo en el reino, á lo cual le ayudó grandemente la reina Isabel no obstante el fatal estado de su salud, sin descuidar al propio tiempo de interesar al emperador de Alemania y al rey de Inglaterra y de requerirlos á que tomáran parte en la guerra contra los franceses, se puso en Gerona con grande ejército de caballos y peones, y muy pronto emprendió el movimiento con toda su gente para incorporarse con la del duque de Alba, que se habia situado en Ribasaltas (1).

Tenian los franceses muy estrechado ya el castillo de Salsas, derribado un trozo de la torre maestra y otro de un baluarte, aunque el duque de Alba y los caballeros de su hueste no dejaban de hacer los mas extraordinarios esfuerzos por socorrer los sitiados y molestar y hostilizar de mil maneras los enemigos, hasta provocarlos á batalla con ser los españoles tan inferiores en número. Tambien los cercados se defendian valerosamente. En una ocasion colocaron varios barriles de pólvora, bajo una de las bóvedas del castillo; dieron lugar á que los franceses entráran en aquella parte de la fortaleza, y cuando calcularon que estaba ya llena de gente encendieron la pólvora, sal-

(1) Bernaldez, Reyes Católicos, c. 497 y 498.—Cartas de Gonzalo de Ayora, c. 9.—Zurita, Rey don Hernando, lib. V. cap. 45, 50, 34. —Abarca, Reyes de Aragon, Rey XXX. cap. 43.—Aleson, Anal. de Navarra, t. V.

tó el baluarte y perecieron sobre cuatrocientos hombres achicharrados. Todos los dias ocurrían entre sitiados y sitiadores combates y lances de guerra. En tal situacion, y en peligro ya el castillo de Salsas, acudió el rey don Fernando con su grande ejército desde Gerona. Tan pronto como el mariscal de Bretaña supo que el monarca español se hallaba en Perpiñan (19 de octubre de 1503), aquella misma noche, lo mas calladamente posible, hizo trasportar á lomo la artillería camino de Narbona, y á la mañana siguiente levantó el campo poniendo fuego á las tiendas, y emprendió la via de Francia, fingiendo siempre prepararse para hacer frente á los españoles que le seguían, pero dándose la mayor prisa á repasar aquellos desfiladeros. A pesar de su precipitacion, todavía su retaguardia fué alcanzada por los nuestros en algunas angosturas, teniendo que dejar parte de su artillería y municiones. El rey don Fernando se internó en seguimiento de los fugitivos algunas leguas dentro de Francia hasta los mismos muros de Narbona, á cuyo abrigo los franceses se acogieron. Tomaron él y el de Alba algunas villas y fortalezas que saquearon y desmantelaron, y contento el rey con haber ahuyentado al orgulloso enemigo y vindicado el honor español, volvióse á sus dominios contento con el triunfo y con los despojos recogidos en aquella breve campaña (1).

(1) Gonzalo de Ayora, cart. 11.—Zurita, Rey don Hernando, li-

Recibió la reina Isabel estas lisonjeras noticias en Segovia por medio de los correos que tenía apostados para saber diariamente los movimientos del ejército. Temía tanto la piadosa Isabel las consecuencias de esta guerra, y afectaba ya tanto á su bondadoso corazón la sangre que veía derramarse en las luchas entre naciones cristianas, que además de rogar á Dios todos los días en la casa y en los templos que se dignara librarlos de tales calamidades, escribía á su esposo recomendándole con el mayor encarecimiento que viera de vencer á los enemigos á costa de la menos sangre que verter pudiese. Por fortuna en esta ocasión la conducta de los franceses ahorró á Fernando la necesidad de afligir el espíritu de su benigna esposa con horrores y estragos.

Una estrella fatal parecía alumbrar á Luis XII. en todo lo que emprendía contra España. La escuadra de Marsella destinada á proteger al mariscal de Bretaña en la costa de Cataluña, apenas salió al mar tuvo que regresar al puerto inhabilitada para maniobrar de resultas de una terrible borrasca que la inutilizó, que fué un gran contratiempo para los sitiadores de Salsas. Así el monarca francés aprobó y esforzó por medio de embajadores enviados á Perpiñan las proposiciones de tregua que ya sus capitanes habían hecho al rey Católico. Y como Fernando hubiese cumplido

bro V. c. 54.—Mártir, Opus, ep. 264.—Abarca, Reyes de Aragon, tom. II. Rey XXX. c. 43.—Ber-

su objeto y no tuviese interés en comprometerse en una guerra por aquella parte, accedió á ajustar una por cinco meses (noviembre, 1503), comprendiendo en ella los dominios naturales y hereditarios de los dos reyes, Francia y España, y no estendiéndose á Italia, donde ambos continuarían debatiendo con las armas sus respectivos derechos. Esta tregua se prorogó después hasta tres años. A este resultado habían contribuido como mediadores la princesa Margarita duquesa de Saboya, y el desposeído rey de Nápoles don Fadrique: siendo de notar, como observa un ilustrado y discreto historiador, «que el último acto de la vida política de don Fadrique⁽¹⁾, fuera intervenir como mediador de paz entre los dos monarcas que se habían reunido para despojarle á él del suyo.»

Tales y tan humillantes y desdorosos para Luis XII. y para el reino francés fueron los resultados de los dos ejércitos enviados contra España en un arranque de indignación y en un esfuerzo de patriotismo. Veamos la suerte que corrió el tercer ejército francés destinado á obrar en Italia, y volvamos otra vez nuestra atención á ese bello y desventurado país, donde nos esperan acontecimientos importantes, asombrosos y decisivos.

(1) Murió al año siguiente.